

# ¿Oficios en peligro de extinción?

< TEXTO Y FOTOS:  
MICHELLE ALMEIDA >

Las nuevas tecnologías y la industrialización han revolucionado todos los campos laborales. La innovación y la adaptación a estos sistemas se han convertido en la clave para que muchas empresas puedan permanecer en el mercado. Sin embargo, el tiempo pasa y la tecnología aumenta y, así como hoy ya no existen ciertos oficios y profesiones antiguas, puede ser que los de hoy desaparezcan. De ser así, ¿qué pasará con la economía de aquellas familias que viven de esos oficios?

En los últimos cinco años varios medios de comunicación han analizado este fenómeno. Se preocupan por conocer qué profesiones podrían llegar a ser reemplazadas por la tecnología. En 2012 el diario madrileño *El Confidencial* estimó que ocho profesiones desaparecerían para 2022. Entre ellas, los patronistas (la parte de la industria textil que se encarga de generar patrones) y los técnicos informáticos desfasados. Para 2014 el panorama no era más alentador. En ese año la CNN publicó una lista

de diez profesiones en vías de extinción. Algunas de estas son reporteros de prensa escrita, inspectores fiscales, asistentes de vuelo y agentes de viaje. En el caso de esta última, se estima que en diez años al menos 12% de trabajadores saldrá de la actividad.

En 2015 tres medios de comunicación diferentes sacaron sus propias listas sobre el tema. Diario *El País*, *Business Insider* y la revista *Forbes* concordaron en que ciertas tecnologías reemplazarán a algunos oficios, incluyendo

## RELOJERO

*“Una máquina no puede reparar un reloj. No tiene el conocimiento para detectar el daño”.*

Encontrar La Casa del Reloj en pleno Centro Histórico de Quito no es muy difícil. Es el único negocio de la cuadra, con un gran reloj colgante a la entrada del local. Se ingresa a la tienda por un pasillo estrecho rodeado de relojes de venta. Al fondo, pasando por un compartimento divisorio, se encuentra un hombre de 85 años de cabello cano, lentes, bigote estilo piramidal y con un mandil blanco. Es **Gerardo Carrera**, apoyado en su mesa de trabajo, que repara un reloj cucú.

Mientras el tictac del reloj interrumpe ocasionalmente, Carrera comenta cómo se inició en esta profesión. Proviene de una familia donde todos son relojeros, tiene más de 60 años de experiencia en reparaciones y ha sentido los cambios en la industria a través de los años. Su negocio vivió el cambio a la

dolarización y, aunque “se puso un poco difícil”, continuó funcionando. Ahora,

el reto parece mucho mayor, cuando está en juego la posible desaparición de su oficio. De acuerdo con el diario *El Confidencial* de España, “los relojeros verán cómo su negocio no deja de disminuir debido al auge de los productos baratos, la obsolescencia programada, el cambio de costumbres y los celulares”.



## COSTURERA

“Ahora se repara más que antes.  
Mucha gente hace arreglar su ropa para volvérsela a poner”.



Aprendió el oficio a los 17 años y ha dedicado los últimos 30 de su vida a confeccionar y reparar la ropa de sus clientes. **Junie Loor** es originaria de Chone pero vive en Quito. Hace un par de años tenía su propio taller, pero por diversas circunstancias económicas ahora atiende en la sala de su casa. Abre la puerta y su segundo hijo sale corriendo, detrás aparece Junie con bebé en brazos. Al ingresar a la casa se observa la sala llena de juguetes y al costado —en lugar de comedor— las máquinas de coser, los estantes de hilos, una mesa de corte para telas y una percha llena de ropa confeccionada o para reparar.

Mientras pone al bebé en su corral, comenta que trabaja 11 horas al día y que llega a tener mínimo diez clientes

en un mes. No necesita de mucha publicidad ya que sus propios clientes la recomiendan a otras personas. “Al mes se puede ganar unos \$ 600, pero si uno se dedica solamente a trabajar se puede hacer hasta \$ 800 mensuales. Trabajo sí hay, pero como yo soy ama de casa y tengo que cuidar a mis tres hijos, el tiempo no alcanza para trabajar más”, dice Loor.

De acuerdo con la revista *Forbes*, el oficio de costurera desaparecerá en la próxima década y experimentará una reducción de 25% hasta 2020. Loor no cree que eso sea cierto porque “la gente es muy vanidosa, entonces hay cosas que no encuentran en las tiendas y vienen aquí”. Además, “ahora se repara más que antes porque a mucha gente no le alcanza el dinero (para comprar todo nuevo), entonces hacen arreglar su ropa para volvérsela a poner”.

Loor admite que hay épocas buenas como “graduaciones, primeras comuniones y el mes de diciembre” y malas como “septiembre por lo que los niños ya entran a clases y todos tenemos menos plata para otros gastos”. Sin embargo, cree que los costureros aún tienen mucha demanda, y que la cantidad de personas que aprenden el oficio sigue en aumento. “Mi hermana que trabaja en un almacén de telas dice que hay muchas personas que van a comprar materiales porque están aprendiendo”.

Está segura de que el oficio no se extinguirá repentinamente porque el cliente no solo busca que reparen su ropa, sino también tener interacción con la persona que lo hace. “Lo importante de esto es el amor al trabajo, porque si lo hace un robot no hay interacción. Una le asesora al cliente y le dice qué le queda bien y qué no. Muchas personas buscan eso”. Además, considera que —en caso de que el oficio desaparezca— muchas familias cuya economía depende de ello se verían afectadas. “Este negocio es mi principal fuente de recursos, no sé qué haría si el trabajo efectivamente desaparece, pero no voy a dejar que mis hijos pasen necesidades”.

Carrera no lo ve así, él cree que su oficio no desaparecerá.

En medio de la conversación llega **Ricardo Villacreses**, administrador del negocio y yerno de Carrera. Sube a un segundo piso por las escaleras que conducen directamente al taller de reparaciones. Allí hay diez cubículos, ocho de ellos cubiertos con plásticos o sin funcionar. Solo dos hombres trabajan. Mientras Ricardo camina por el lugar, comenta que la industria ha empezado a verse afectada. Asegura que, si bien el negocio aún es rentable para la familia, “han decrecido las ventas”. Esto se debe, precisamente, a la aparición de los “relojes desechables”.

La Casa del Reloj tiene dos enfoques de negocio: ventas y reparación. Villacreses señala que las ventas llegan a cubrir en 80% los gastos, pero “las reparaciones son las que nos permiten mantenemos vigentes”. Esto se debe a que “muchas veces las personas prefieren reparar su buen reloj en vez de comprar un

nuevo reloj chino”. Esta es la razón por la que Carrera considera que la función del relojero no desaparecerá. “Una máquina no puede reparar (un reloj) porque debe tener el conocimiento de las personas para detectar el daño y reparar. Las máquinas ayudan pero no reparan”.

En cambio Villacreses cree que esta profesión sí puede extinguirse: “Yo creo que sí; ya hemos sentido eso, lo hemos palpado”. Con esto se refiere a la disminución de operadores de relojería y a la demanda en las reparaciones. “Lamentablemente no ha habido una renovación de la gente que trabaja en esta rama. En nuestro caso teníamos alrededor de diez personas, muchas se jubilaron o fallecieron y no ha habido reemplazos. Ahora trabajamos con tres operarios y es difícil”.

Además, asegura que la cantidad de trabajo también ha disminuido. “Trabajamos de 09:00 a 17:00, pero antes, cuando había más clientela, teníamos que venir a las 07:00 a sentarnos a reparar y salir a las 19:00”.

Vea  
los videos de  
estos personajes  
en nuestra  
web.

## BIBLIOTECARIA

*“La tecnología y los libros se complementan”.*

“Ordenar bibliotecas es ejercer de un modo silencioso el arte de la crítica”, decía **Jorge Luis Borges** y eso es justamente lo que hace **Soledad Fernández de Córdoba**. En la Biblioteca Municipal González Suárez, en Quito, trabaja una mujer de melena corta, rubia, lentes azules y aire serio, cuya voz parece contar un cuento. Ha sido bibliotecaria desde 1977 y piensa seguir siéndolo. Esto a pesar de que algunos estudios han señalado a su profesión como una de las próximas a desaparecer.

En 2015 diario *El País* de España publicó una lista de empleos en riesgo de extinción y los bibliotecarios se encontraban entre los primeros diez. Ante esta posibilidad, Fernández de Córdoba se muestra muy crítica. “Las cosas cambian y la biblioteca se adapta al cambio de los tiempos. Tiene que responder a las circunstancias. La tecnología y los libros se complementan, pero hay espacios que son exclusivos de cada uno”.

Caminando por uno de los pasillos en remodelación de la biblioteca —rumbo a una sala más silenciosa—, esta mujer apasionada por los libros califica la situación actual de su oficio como “compleja”. Sin embargo, no cree que su profesión desaparezca. Es filósofa y bibliotecóloga y reconoce que “antes había más usuarios que buscaban información en fuentes impresas pero ahora satisfacen su necesidad de información por medio de recursos tecnológicos”. A pesar de ello, piensa que la función de un bibliotecario no puede pasar de moda, ya que “hay usuarios que no pueden obtener información más que en estos espacios y por eso es importante nuestra presencia”.

Pero hoy por hoy esta biblioteca, como muchas otras, ha sido víctima de la disminución de usuarios. En 2013 se

vieron obligados a hacer un recorte de tres horas en su horario de atención. Esta decisión se tomó debido a que parte del personal se jubiló, a lo que se sumó la falta de público a partir de las 17:00 horas. Si bien Fernández de Córdoba lleva trabajando en la Biblioteca González Suárez un año, antes manejaba bibliotecas escolares como la del Colegio Einstein e incluso bibliotecas de mayor rango como la Biblioteca Nacional Eugenio Espejo. “El proceso actual es complejo y tiene que abordarse también de una manera compleja”, señala. Para ella tanto las bibliotecas como los bibliotecarios deben “evolucionar para que el trabajo sea lo más

eficiente posible y para que las inversiones sean productivas”.

Además, Fernández de Córdoba piensa que lo más importante son los usuarios y que por ellos se debe lograr un equilibrio entre los libros y la tecnología, ya que no todos tienen acceso a los recursos y a todas las herramientas. “Hay niños de escuela que no tienen biblioteca en los colegios y vienen acá ansiosos por tener un libro en sus manos. Hay adultos que buscan libros que no hay en digital y acuden aquí para ello”. Por esta razón, esta biblioteca municipal cuenta ya con un archivo digital “para que la gente tenga acceso a toda la información”.

Soledad cree que lo que se debe hacer para que su oficio no desaparezca es “evolucionar con el cambio de los tiempos y ajustarse a las nuevas necesidades y demandas”.



los más antiguos como bibliotecarios, costureras, cajeros de supermercados, floristas, entre otros. Para obtener esta información se basaron en los datos del departamento laboral de EEUU, monitoreando los salarios y la demanda de cada una de estas profesiones. Un oficio a desaparecer repetido en las listas es el de cartero. En EEUU existen 491.600 personas con este empleo y se estima que para 2022 al menos 28% se encuentre desempleado. Otro ejemplo es el de las costureras. En 2010 en EEUU había 163.200 negocios; en 2020 se estima una reducción de 25,8%. En el Ecuador, de acuerdo con el Censo Económico 2010, existen 1.911. Si se sigue la misma tendencia que en EEUU, en 2020 las costureras ecuatorianas se reducirán a 493.

En lo que va de este año, *El Confidencial* y *USA Today* han publicado nuevas listas. *El Confidencial* añade oficios como zapateros, instaladores de equipos electrónicos de vehículos y relojeros. Por su parte, *USA Today* apunta a los técnicos de procesamiento fotográfico, redactores técnicos y cajeros de banco. Ambos medios estiman que para 2024 algunas profesiones se verán reemplazadas por la tecnología hasta en 32,9%. El Ecuador, de acuerdo con el censo indicado, cuenta con 1.251 negocios de actividad fotográfica. Al disminuir 32,9%, como la tendencia norteamericana, se mantendrían únicamente 840. Lo mismo pasa en el caso de los zapateros, se estima que un tercio de ellos desaparecerá en los próximos ocho años. El Ecuador registraba hasta 2010 un total de 2.249 zapaterías activas.

Ante esta realidad y con la finalidad de conocer qué es lo que pasa en el país, revista *GESTIÓN* entrevistó a cinco personajes relacionados con estas actividades, quienes relatan si hoy por hoy ven un declive en sus ingresos, si se sienten afectados por la tecnología o si creen que la desaparición de su oficio tendrá algún efecto en su economía familiar. Un relojero, una costurera, una bibliotecaria, un zapatero y un técnico en procesamiento fotográfico contaron sus historias.

## ZAPATERO

*“Hace cinco años tenía muchísimos clientes, ahora ya no”.*

En un pequeño local en el sector La Luz, en Quito, rodeado de zapatos, carteras, cemento de contacto, sentado en un banquillo con una franela y con destornillador en mano se encuentra **Ángel Parra**. Cuando tenía tan solo 14 años dejó la provincia del Cotopaxi y vino a la capital con su cuñado, quien un año después le enseñaría el oficio de la zapatería. Actualmente tiene 34 años y sigue ejerciendo la profesión. “Aprendí viendo; tiene que gustarte reparar calzado para que sigas en esto. Ahora ya no creo que haya personas a las que les guste. Cada vez hay menos gente que va a los cursos para aprender a ser zapatero”, dice Parra.

Hasta el año pasado, este padre de dos hijos tenía su negocio en un local diferente (en el mismo sector), pero tuvo que salir por petición de los dueños. “Todos los negocios estaban bajos ese tiempo y me afectó porque arrendaba un local, estuve allí 15 años, pero me lo pidieron. Me quedé sin poder trabajar tres meses. Hice lo posible por ponerlo otra vez porque me hacía falta”, expresa con resignación.

A consecuencia de ello perdió muchos clientes. Él y su esposa tuvieron que comprar un taxi para solventar su economía. Ahora cuando Parra no arregla zapatos, hace carreras por la ciudad. “Cuando tenía un local más estable ganaba unos \$ 1.000 al mes. De eso toca restar el arriendo, los materiales y todo

eso. Quedaban unos \$ 600 o \$ 700”. Actualmente, atiende en su Zapatería Patricio de 8:00 a 19:00. “Hace unos cinco años tenía muchísimos clientes, me quedaba hasta las 22:00 trabajando, ahora ya no”.

Según el diario español *El Confidencial*, hasta 2024 desaparecerá un tercio de los reparadores de calzado. Al escuchar esto Parra expresa: “Como no hay personas que quieran ejercer ese oficio yo creo que sí va a desaparecer. La juventud de ahora ya no quiere aprender”. Además, piensa que aunque la zapatería es lo suficientemente estable como para sobrevivir, es un mal momento para todos los negocios. “Si en este momento solo dependiera de la zapatería, estaría hecho pedazos con mi familia, dos hijos en la escuela, mi esposa, el arriendo de donde vivo, el del local”.

Sin embargo, vuelve a pensarlo y dice: “¿Desaparecer? No, no creo. Este oficio viene desde hace muchos años. Conozco viejitos que siguen siendo zapateros. Hay falta de clientes, pero no desaparece porque adonde la gente va siempre busca al zapatero del barrio”, además, “cuando a uno le conocen se queda con los mismos clientes siempre. Cuando uno trabaja bien siempre le buscan. En mi barrio es más difícil porque la gente no aumenta mucho, no hacen más edificios. Los que eran mis mejores clientes ya están jubilados o se han ido a otros barrios”.



## TÉCNICO DE PROCESAMIENTO FOTOGRÁFICO

*“Así como desaparecen profesiones, aparecen nuevas”.*

La fotógrafa estadounidense **Sally Mann** dijo que “las fotografías abren puertas al pasado, pero también permiten echar un vistazo al futuro”. Esto es precisamente lo que hacen los técnicos de procesamiento fotográfico análogos (pasado) y digitales (futuro). Sin embargo, de acuerdo con el diario español *El Confidencial*, estas profesiones podrían desaparecer más pronto de lo que se piensa. Se presume que para 2024 se perderá 32,9% de ambos campos de trabajo.

**Jaime Ortega**, dueño de Color Power, empresa dedicada al procesamiento fotográfico, explica que desde la fundación de su negocio en 1999 el

mercado fotográfico ha cambiado mucho. “Empezamos con todo análogo, impresoras y revelados, pero todo ha ido cambiando. Ahora ya no tenemos equipos analógicos. Solo tenemos revelado manual, el proceso análogo fotográfico ya casi no existe. En el Ecuador está desaparecido casi en 90%”. Además, como administrativo señala que “a nivel económico muchos laboratorios han terminado su vida útil, muchas cadenas de la noche a la mañana desaparecieron. Nosotros todavía mantenemos nuestra clientela, mantenemos la calidad de trabajo pero sí nos ha afectado económicamente”.

Precisamente Color Power es el único negocio que mantiene un técnico de procesamiento fotográfico análogo. Es aquí donde se encuentra a **Marco Vinueza**, de rostro amable, lentes y su mandil azul de trabajo, empaquetando unos negativos. Ha trabajado en este campo los últimos 25 años. Mientras termina su tarea comenta que “ahora hay inconvenientes para encontrar los materiales (análogos), ya no existe papel en blanco y negro, ya no existe químico para revelar película, cada vez es más complicado conseguir material y película de color”.

Caminando por donde solía estar un gran cuarto oscuro cuenta que ya casi nadie lleva rollos. Antes el diario revelaban 50 rollos a color, hoy revelan cinco. “Ahora hay nuevas cámaras, más tecnológicas, pero un rollo te da más nitidez que una cámara muy costosa”, asegura.

Aunque Vinueza considera que el negocio se ha vuelto duro y que dedicarse a la parte analógica ya no es rentable, cree que su oficio no desaparecerá, al menos no por completo. “Siempre va a haber gente, que le llaman romántica, que va a mantener su equipo análogo y conseguir rollos. Hay un complemento entre la tecnología y lo análogo, y eso va a impedir que desaparezca del todo”.

No obstante, el analógico no es el único en riesgo sino también los técnicos digitales. En una oficina bastante opaca, con las ventanas cubiertas por gigantografías (para evitar el paso de la luz) está **José Rueda**, el técnico digital. Tiene apenas cuatro años de experiencia y es autodidacta. A diferencia de Vinueza, Rueda considera que es probable que su oficio desaparezca porque los fotógrafos ya están aprendiendo a editar sus propias fotos. “Se puede decir que eso a mí no me conviene, pero mientras la gente está más informada menos necesita de otro”.

Sin embargo, este antiguo sonidista no parece preocupado ya que cree que “así como desaparecen profesiones, aparecen nuevas”. **G**

